

La dificultad se aplaca si aceptamos que Machado, según antes se dijo, niega el Dios creador-causal en favor de un Dios dialogal y expresivo, pues el Dios de Leibniz ejerce estas dos funciones y lo que Machado retiene de este filósofo es la importancia concedida a la última de ellas, prescindiendo, en cambio, de la primera.

En los escritos de Leibniz, en efecto, (por ejemplo en el *Discours de Metaphysique*) Dios y la sustancia que somos se comunican y se expresan sin la interferencia de otras causas. «En rigor metafísico, leemos, no hay causa externa que obre sobre nosotros, excepto Dios, y sólo él se comunica con nosotros continuamente en virtud de nuestra dependencia. De donde se sigue que no hay otro objeto externo que toque a nuestra alma y que excite inmediatamente nuestra percepción» (XXVIII, subrayado nuestro; obsérvese que *toucher*, significa, a la vez tocar y conmover). Pero esta comunicación se efectúa a través y por mediación de las cosas diversas: que se ofrecen como percibidas: «Puede, pues, decirse que sólo Dios es nuestro objeto inmediato fuera de nosotros y que por él vemos todas las cosas; por ejemplo, cuando vemos el sol y los astros, es Dios quien nos da y conserva las ideas de éstos ...» etc. (*ibid.*). En cuanto a nosotros mismos, dirá Leibniz que nuestra alma expresa a Dios y al universo, y todas las esencias lo mismo que todas las existencias (XXVI, subrayado nuestro). Y también esto: «La virtud de una sustancia particular consiste en expresar bien la gloria de Dios, y por esto es menos limitada» (XV). Por fin, insistiendo en la espontaneidad de cada sustancia (que es libertad en las sustancias inteligentes), afirma Leibniz que el alma debe a menudo pensar como si sólo ella y Dios existieran. A lo que agrega que «nada hace comprender con mayor fuerza la inmortalidad que esta dependencia y esta extensión del alma, que la pone absolutamente a cubierto de todas las cosas exteriores ...» (XXXII).

Es claro que la concepción de Dios como Interlocutor pudo haberla hallado Machado en los místicos, en teólogos como Hugo de San Víctor o el Pseudo Dionisio y en las mismas Escrituras (Mt., 4,4 y Dt. 8,3).

Parece ser un hecho de su biografía, sin embargo, el que fue Leibniz quien, en mayor grado, la puso ante él de resalto y que, a partir de la lectura de este filósofo, procedió Machado por sí mismo a distinguir entre la acción creadora y la acción expresiva de Dios, poniendo énfasis en ésta a expensas de la primera.

7

El acceso al Tú esencial del diálogo no lo presenta Antonio Machado como resultado de una opción radical —como parece darse entre las palabras *Yo-Tú* y *Yo-Ello*, en el caso de Buber, entre *ser* y *tener*, en el de Marcel—, sino más bien bajo la figura de un itinerario ontológico laborioso que, en otro escrito mío, me he permitido esquematizar como una *Zeta* mayúscula.

Hay, primero, el *conatus* primigenio por el que vamos a las cosas que apetecemos y nos atraen, a los demás seres humanos que queremos y que deseáramos que nos

quisieran a nosotros también. Este movimiento —llamémosle de A a B— queda representado por la línea horizontal superior de la letra.

Mas ocurre que tal movimiento no siempre logra lo que busca o no siempre lo conserva. La sed y el hambre se sacian o quedan dolorosamente insatisfechas. En el caso de esa sed específica que lo es de la persona amada, suele suceder algo aún más grave y hasta terrible: la pérdida de esa cosa única, que ninguna otra puede, en rigor, reemplazar; o bien, que ella no corresponda a lo que nosotros esperábamos, ya sea porque, libre al fin, nos rechaza, se niega a colmar la sed que de ella tenemos, ya sea por carecer de las virtudes que en nuestra sed le atribuimos, y tenemos entonces la decepción. El uno que partió hacia el dos, se curva reflexivamente sobre sí, vuelve a sí, apenado, entristecido, queda ahora, solo con sus representaciones, conceptos y fantasías, con sus esperanzas frustradas, constituido en *uno mismo*. Esto lo representa, en mi esquema, la línea oblicua-regresiva de la zeta mayúscula, que se extiende de B a C.

Según esto, el *yo soy* de Antonio Machado no se levanta, triunfal, de una duda generalizada que contra él se revela impotente. Es —y, en rigor, en esto no difiere mucho del de Descartes bien entendido, que, por su imperfección, por su incompletud misma, remite a Dios— producto de un fracaso, o de una secuencia de fracasos, cada uno de los cuales lo individualiza en mayor grado, lo encierra más en sí mismo: el dos que se anhelaba ha sido borrado y el uno, que toma conciencia de sí por esta desaparición del otro, se sabe ahora solo.

El sufrimiento de la pérdida, del rechazo, de la decepción, en suma, del *eros* derrotado en su exigencia de dar con otro, ha sido, desde siempre, tema señalado de la poesía lírica. Su tratamiento es una constante en la obra de Antonio Machado. Evitaré las citas, que claro está, abundan. Prefiero ahora destacar que este momento de la soledad, por la nadificación de lo querido con su efecto nadificante sobre el resto, es a mi parecer, lo que Antonio Machado designa como el Gran Cero:

Fiat umbra! Brotó el pensar humano.
Y el huevo universal alzó vacío,
ya sin color, desustanciado y frío,
lleno de niebla ingrávida en la mano.

Sigue a este poema un pasaje sobre la teología de Abel Martín, en el que Dios es definido como el ser absoluto, por lo que nada que sea puede ser su obra. Dios no crea nada, salvo la nada misma, viene a ser la paradoja de esta teología. Pero esta nada es, sin embargo, un don de Dios: «Dios regala al hombre el gran cero, la nada o cero integral, es decir, el cero integrado por todas las negaciones de cuanto es. Así, posee la mente humana un concepto de totalidad, la suma de cuanto no es, que sirva lógicamente de frontera a la totalidad de cuanto es». De aquí resultan dos modos del pensar humano: uno es este pensar afincado en la nada, el pensar homogeneizador, el del mero bípedo racional, «que necesita de la nada para pensar lo que es, porque, en realidad, lo piensa como son *siendo*»; el otro es el pensar poético, «que

es ya pensamiento divino» y que da con la heterogeneidad del ser, amenazada por aquél.

Que el pensar racional, abstractivo, tenga su fuente en la decepción es algo que se comprende por sí mismo: Guiomar, una vez que la decepción sobreviene, es tan sólo una mujer más. Es efímero el encantamiento que lo singular concreto nos provoca y es sustituido por la abstracción que lo generaliza. Mas ¿por qué ver en esta pérdida un *regalo*? Precisamente porque una vez que se arranca a las cosas y personas lo intransferiblemente suyo entran sin dificultad en el sentido común, que como tal nos permite comunicarnos unos con otros, y en los esquemas de las ciencias que nos explican el suceder y nos confieren a veces poder para ejercitar nuestra libertad alterándola.

Algunos hombres, empero, son más sensibles que otros a la nostalgia de lo que se perdió. Sienten que en el vivir cotidiano del sentido común la verdadera vida está ausente y buscan por ello, en medio del farrago de las palabras usuales, los nombres con que se llama a las cosas para que acudan de nuevo y, en ellas, el *Deus absconditus*, el Ser que se es.

Así, cumplido el momento del Gran Cero, cabe emprender un nuevo camino, es posible todavía brindar «un canto de frontera/ a la muerte, al silencio y al olvido». A quien sigue tal camino, a quien eleva este canto, Antonio Machado lo designa como *el poeta*, ante todo porque su acto, ese acto de buscar la presencia oculta tras la más patente ausencia, es poético con independencia de que se traduzca o no en poesías. Así, del niño malo, que sufre la soledad del cuarto oscuro en que su madre lo encerró, escribe Antonio Machado que «es el poeta, el poeta puro,/ que canta: el tiempo, el tiempo y yo».

Este acto consiste en el paso del Gran Cero al Gran Pleno, a la comunión del uno mismo con el Otro supremo, o sea, de C a D, puntos terminales de la línea horizontal inferior de la zeta. Es también el paso de la *decepción* al *des-engaño*, con todo lo que esta rica palabra castellana da a entender de salir del engaño y acceder a la verdad.

La nada es, pues, según esto, engañosa, o mejor: es un escondite del ser, como tal, pleno. El pensamiento de Antonio Machado constituye, a la postre, una *filosofía de lo pleno*, según la expresión de Gastón Bachelard, en la cual el vacío, la nada, el Cero, es susceptible de trascenderse como etapa, como momento necesario del tránsito hacia el Gran Pleno. «Nada» designa la ausencia de lo que buscamos, de lo que deseamos, de lo que esperamos—había escrito Bergson en «Lo posible y lo real», ensayo incluido en *El pensamiento y lo moviente*, agregando allí mismo que «una cosa sólo desaparece cuando la reemplaza otra», por lo que hablar de una supresión de todo carece de sentido para la experiencia. Poeta será, para Antonio Machado, quien no se resigna con esta ausencia, quien adivina que ella es momentánea, quien vislumbra y busca, tras ella, la presencia.

8

Antonio Machado expresa el sentido del vivir humano, del vivir nuestro propio tiempo, con diversas metáforas, entre las cuales quisiera poner de relieve sólo cuatro.

Inventiones y Ensayos



Ante todo, el camino y el río. Ambos, camino y río, sólo adquieren su perfecto sentido por aquello a que tienden y que, al par, los justifica como tales y los clausura: es la posada o el domicilio a que al caminar nos dirigimos, es el mar hacia el que el río fluye.

Las otras dos metáforas que aquí más me interesan son la de la hoja y la de la gota.

Después de traducir ante sus estudiantes un hexámetro de Homero —«como la generación de las hojas, así también la de los hombres»—, comenta Juan de Mairena: «Homero habla aquí de la muerte como un épico que la ve desde fuera del gran bosque humano. Pensad que cada uno de vosotros la verá un día desde dentro y coincidiendo con una de esas hojas». Machado-Mairena distingue, pues, según esto, la muerte considerada desde fuera, que sólo es, claro está, aniquilación de lo que hemos sido, y la muerte mirada «desde dentro», que yo prefiero designar como *el morir*, que, en cuanto tal, es parte del vivir, y no una parte cualquiera, sino precisamente su conclusión y cabo.

Por fin, de la gota, escribe Antonio Machado en el Canto XIII de *Soledades*:

[...]
(¡Yo pensaba: el alma mía!)
Y me detuve un momento,
en la tarde, a meditar...
¿Qué es esta gota en el viento
que grita al mar: soy el mar?

Este grito parecería destemplado, si no fuera por el morir: Bajo el número XLV de los Proverbios y Cantares, leemos:

Morir... ¿caer como gota
de mar en el mar inmenso?

Hay una respuesta a esta pregunta, a mi ver, en el Canto XXI de *Soledades*:

tú no verás la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Las gotas de nuestro tiempo van cayendo de la clepsidra. Pero *la última*, la que, desde fuera, sería nuestra muerte, no la veremos caer, porque en ella estamos, porque somos en esta gota y no hay otra que sobre ella pudiera darnos visión.

En el buen morir, en el *morirse*, me permito decir, no ve Machado, en definitiva, aniquilación, sino *figura*, la «figura final» del tiempo, que, si lo hemos vivido vigilantes, es la consumación del vivir, su constitución como *vida*, y plenitud del diálogo desplegado en él. «A última hora, escribe Machado, siempre habrá un alguien frente a un algo, a un algo que no parece necesitar de nadie». Esto equivale a mentar la sustancia absoluta: aquello que de nada necesita para existir, según la definición acreditada en la tradición filosófica. Nos vemos así remitidos al pasaje ya citado de Leibniz en el que se lee que si el alma se piensa sólo en su comunicación con Dios —yo mismo en tensión polar con lo Otro, según Machado— adquiere toda su fuerza la certeza de nuestra inmortalidad.

De la armonía del Gran Pleno canta Machado:

... Quieto y activo
—mar y pez y anzuelo vivo,
todo el mar en cada gota
todo el pez en cada huevo
todo nuevo—
lance unánime su nota.

La visión vigilante es trabajo con el tiempo a fin de llevarlo a ese término que es nuestro mejor morir. Bien vivido, nuestro tiempo ha de quedar totalizado en esa conciencia que es integral por recoger todos sus momentos. Nuestra tarea consiste en «intemporalizar» este tiempo nuestro; «digámoslo con toda pompa», escribe Antonio Machado, e identifica este «intemporalizar» con «eternizar».

La *eternidad*, en el sentido filosófico del término, ha sido entendida, desde Boecio, como la posesión o recolección en lo simultáneo de lo que aparece disperso, desparado en el tiempo; en nuestro propio tiempo vivido, agregaría, pienso yo, Antonio Machado.

9

Esta lectura del filósofo Antonio Machado se hace cargo de los momentos tristes, de congoja, decepción y duda, de soledad, no menos que de otros, victoriosos, de que es sólito prescindir, en que Antonio Machado afirma el *Tú que es El*, la conciencia integral o armonía del Gran Pleno y un modo diferente del tradicional de hacer suyo el cristianismo.

El poeta dio a mi parecer testimonios suficientes de este cristianismo, de esta específica religiosidad suya, en sus escritos y en sus acciones de tan honda solidaridad fraterna, para que pese a algunos regresos al escepticismo en su itinerario personal, no resulte legítimo anularlos o pasarlos por alto.

La filosofía de Antonio Machado, cuya exposición aproximativa aquí se ha intentado, confiere una estructura coherente a toda la obra de este autor: expresada de modo a menudo críptico, ora por boca de Juan de Mairena, ora por la de Abel Martín, y a veces con vacilaciones, de su intelección adecuada depende por entero, sin embargo, el sentido que pueda atribuirse a los dos poemas metafísicos mayores «Al Gran Cero» y «Al Gran Pleno o conciencia integral». Pienso, por tanto, que, mutilada de su órgano filosófico, la poesía misma de Antonio Machado y, en especial estos dos poemas, que sin él resultan punto menos que incomprensibles, pierde altura, pierde, en rigor, *poesía*.

José Echeverría